

La forma general de la India es la de un cuadrilátero, dividido en dos triángulos con poca diferencia iguales y con una base común.

El vértice del triángulo septentrional es el macizo del Nanga Parbat, una de las montañas más majestuosas del Himalaya; el del triángulo meridional es el cabo Comorín. La línea que sirve de base común á los dos triángulos está claramente determinada desde el golfo de Cambay hasta el Ganges por la estrecha y profunda depresión por la que corren el Nerbudda y el Sone, el uno dirigiéndose hacia el Oeste y el otro hacia el Nordeste.

No solamente la doble valla de esos ríos marca el límite entre las dos grandes divisiones naturales de la India; dos cadenas de montañas, los montes Vindhya al Norte de la depresión y los montes Satpura al Sur, bordean y dominan el estrecho foso. Se halla, pues, toda la parte meridional de la península protegida por una triple barrera contra las invasiones exteriores, por lo menos por el lado del continente. Más adelante veremos cómo sus costas marítimas no están menos bien defendidas.

El triángulo septentrional constituye el Indostán propiamente dicho. Este nombre, que significa «tierra de los indos,» deriva evidentemente de la palabra India, que se halla ya empleada en los más antiguos relatos de los griegos. El río Indo ha dado para los occidentales su denominación á toda la comarca misteriosa, y siempre por ellos codiciada, que se extiende más allá de sus márgenes. No está, empero, esta etimología rigurosamente aplicada; puede más bien que sea preciso ver en la India la tierra de Indra y que el nombre del dios haya venido á ser el del país. Como quiera que ello sea, esta denominación se ha extendido á buen número de diversas regiones. La ambiciosa imaginación de los europeos, que les pintaba la India como la tierra de las maravillas y el manantial de todas las riquezas y que los impelió á buscar obstinadamente su camino, les indujo en este punto á errores frecuentes. Cristóbal Colón mismo, ¿no creyó estar en ella cuando anclaron sus barcos en las desconocidas tie-

rras del Nuevo Mundo? Sin contar las Indias Occidentales, en Asia misma, en Oceanía, un considerable número de islas y de costas han sido designadas con el nombre reservado por los griegos en otro tiempo á la cuenca del Indo.

En el curso de este trabajo llamaremos India solamente á la península que limitan los montes de Assam, Himalaya, Karakorum, Indo-Kuch, Suleimán y el mar. Y reservaremos, al interior de ella, la denominación de Indostán á uno de los dos triángulos que la componen, al del Norte; en tanto que designaremos al del Sur, siguiendo un uso secular, con el nombre especial de Dekkán.

2.º — EL INDOSTÁN

Forma en gran parte los límites del Indostán el Himalaya, la más alta cordillera del globo, aquella á que los indos llamaban, contemplando respetuosamente de lejos sus sagradas cimas, el «techo del mundo.» Este enorme macizo forma en su conjunto, con su estribo y sus ramificaciones, como un gigantesco plano inclinado, cuyo borde superior llega y pasa de 6.000 metros de altitud con una altura media de 4.000 metros. De esa formidable barrera surgen gigantes de 8 y 9.000 metros de altura.

Presenta, sobre todo, esta disposición el Himalaya en su parte occidental. Sobre los orígenes de los grandes ríos, Indo, Ganges, Jumna, Satledj, se extiende, se desparrama, se confunde con las altas mesetas del Thibet y pierde completamente ese aspecto de línea serpenteada que toma generalmente en un mapa toda cadena de montañas. A alturas, se entiende esto, que superan las de las más elevadas cimas de Europa, mesetas inmensas que no pertenecen geográficamente ni á la India, ni al Turkestán, ni al Thibet, sobre las que no se desarrolla vegetación alguna, donde se estanca á veces el agua sin encontrar salida ni declive por que deslizarse, donde no es siempre el aire respirable para el intrépido viajero que á llegar allí se aventura. Es el horrible «País de la Muerte,» como lo llaman los indígenas.

Las imponentes cimas del Karakorum que le dominan no han sido medidas jamás, y acaso un día alguna de ellas destronará al soberbio Gorisankar, el rey de los montes, que ha destronado á su vez al Chimborazo, el volcán de los Andes, considerado durante mucho tiempo como la más alta montaña del globo.

Esta cima del Gorisankar se eleva hacia la otra extremidad de la cordillera entre el Himalaya oriental. De este lado la serie de altas cimas, el Davalaghiri, el Gorisankar, el Kintchinjinga, forma una línea más continua apoyada contra el Trans-Himalaya, que, sin comprender las principales cimas, es en su conjunto más elevada y puede ser considerada como la verdadera espina dorsal de este colosal sistema; entretanto que al Norte y al Sur se extienden paralelamente otras dos cordilleras: los montes Gang-dis-ri, que dominan el Thibet, y el Sub-Himalaya, menos grandioso, hundiéndose poco á poco entre los afluentes septentrionales del Ganges.

La masa del Himalaya, que se desenvuelve sobre una extensión más considerable que la de Francia entera, es la más sorprendente muralla que la naturaleza haya colocado entre dos comarcas y entre dos pueblos. Es difícil que entre las altas tierras del Norte y los anchos y profundos valles del Mediodía se halle jamás relación alguna, sea entre los habitantes, sea entre las costumbres.

Sólo dos caminos aún no concluídos y poco frecuentados, el de Simla y el de Darjeeling en las dos extremidades de la cordillera principal, unen la India á la China. Sin embargo, viajeros aislados, mercaderes, se arriesgan á pasar del Thibet al valle del Ganges, colocando á veces su ligero bagaje sobre el dorso de un cordero ó de una cabra, únicos animales cuya planta es bastante segura para seguir los senderos peligrosos que serpentean sobre los flancos de las montañas.

Generalmente están estos senderos trazados á lo largo de un río. Pero las corrientes de agua que tienen su origen en el Himalaya pocas veces presentan orillas que puedan remontarse có-

modamente. Ruedan de ordinario en el fondo de sombríos desfiladeros, sobre lechos que desgastan la roca á profundidades increíbles y se prolongan entre muros cortados perpendicularmente; se oye á veces su murmullo que se eleva del fondo del abismo donde no puede distinguírseles; se los franquea sobre troncos de árbol ó con la ayuda de una cuerda, y uno se ve elevado en seguida sobre una estrecha saliente de peñasco cuya sola idea produce el vértigo.

Sin embargo, se ha visto muchas veces la India invadida por conquistadores venidos del Norte. Desde los más remotos tiempos han soñado todos los príncipes aventureros del Occidente penetrar en esa rica comarca que les pintaba la leyenda cuajada de piedras preciosas y maravillosamente fértil.

En el formidable cinturón de fortificaciones naturales que rodea la India existe una puerta al Noroeste. Esta puerta está abierta por el río Kabul. Bordeándolo, Alejandro, los mogoles, los afganos, etc., penetraron en la península.

Siguieron sin duda la misma ruta que habían antes seguido los antiguos arios. Ninguna otra da fácilmente acceso á la tierra de Indra; todavía más allá de esa abertura el cinturón de montañas se modifica, pero aunque mucho menos considerable, aún es suficiente para evitar las invasiones. Nos referimos á la cordillera del Suleimán, continuada por los montes Khirthar.

Así, salvo esa puerta única, defendida hoy por la guardia avanzada de Peshawer y la fortaleza de Attok, todas las fronteras continentales de la India son punto menos que infranqueables.

La extremidad oriental de la gran curva en forma de cimitarra que dibuja el Himalaya, parece por tanto ofrecer la brecha enorme que vacía el Brahmaput্রে. Por ahí es, en efecto, por donde pueblos de la raza amarilla pudieron en apartada época penetrar en la India. Pero eso debió ser á cambio de muchos esfuerzos, pues tal como podemos hoy representárnoslo, cierra irrevocablemente de nuevo todos los años el alto valle del Brahmaput্রে, apenas explorado todavía, el diluvio ocasionado por el

monzón del Sur. Las formidables lluvias que caen sobre esta región y destruyen toda apariencia de camino transitable, transforman los ríos en torrentes, las llanuras en lodazales y desarrollan una vegetación desordenada que detiene el paso del hombre: mortales miasmas emponzoñan el aire en todo tiempo. Por tales obstáculos, en ninguna otra parte de nuestro globo pueden hallarse tan próximos á regiones civilizadas países tan mal conocidos.

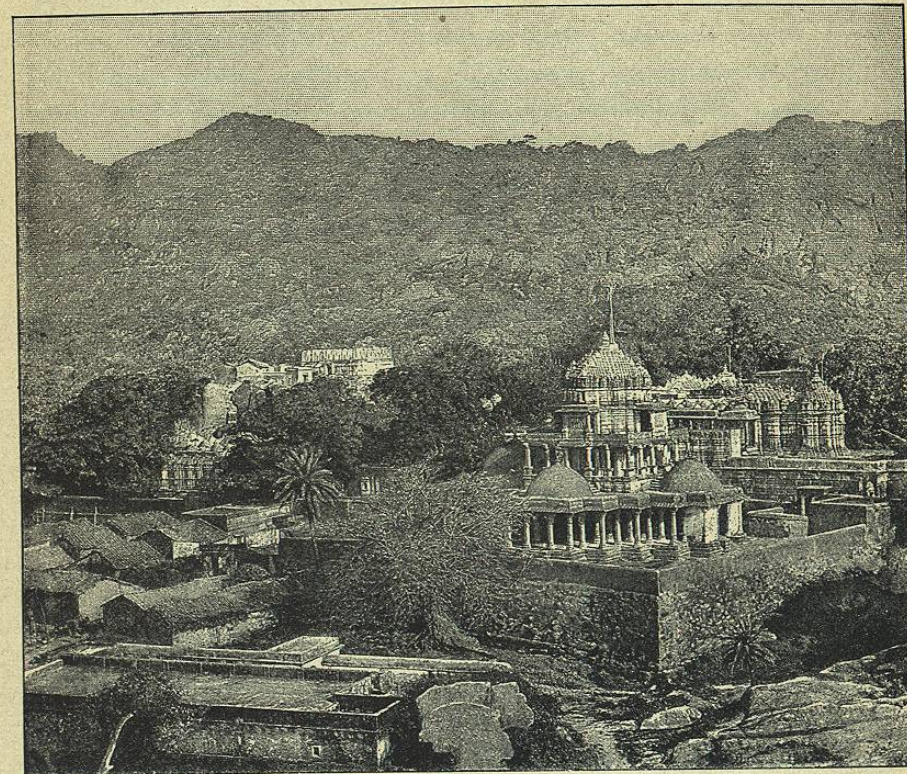
Sobre la margen izquierda del Brahmaput্রে se levantan las montañas de Assam y el lecho del río se encorva al pie de los estribos avanzados de los montes Khasi y Garro. Estos constituyen los últimos anillos de la inmensa cordillera que rodea toda la India al Norte.

Protegida por esta temible muralla, la gran llanura indo-gan-gética, que forma el Indostán propiamente dicho, desciende suavemente por una parte hacia el golfo de Bengala y por otra hacia el mar de Arabia. Las dos cuencas del Indo y del Ganges la dividen en dos regiones muy distintas la una de la otra y de muy diferente aspecto. Hacia el Sur marcan la separación los montes Aravullí, á los cuales se une la base del monte Abu, en tanto que hacia el Norte es apenas sensible.

La cuenca del Ganges es una de las regiones más pobladas, más fértiles y más magníficas de la tierra. No podría decirse otro tanto de la del Indo, que sólo encierra, por el contrario, el gran desierto de la India, contraste fácil de explicar por la dirección del curso de los dos ríos, los cuales fluyen el uno paralela y el otro verticalmente á la cordillera de montañas en que nacen. A cada paso de su curso recibe el Ganges del Himalaya, cuyas curvas flanquea, nuevos afluentes alimentados por inagotables depósitos de nieve; cuanto más avanza, más pródigamente riega los campos que recorre. Respecto al Indo pasa todo lo contrario. A medida que se aleja de las montañas, sus afluentes son más raros y más pobres; muchos de ellos se pierden en los arenales y no tienen fuerza ni para formarse un lecho. En el Pundjab, el país de los cinco ríos, la riqueza del suelo es aún

grande; pero poco á poco estos cinco ríos van formando no más que uno, que se dirige solitariamente hacia el Sudoeste, dejando á su izquierda inmensos espacios infecundos, inhabitados, sombríos.

Es probable que toda esa cuenca del Indo estuviera en otro



Vista tomada en el monte Abu (Rajputana)

tiempo recubierta por el mar, hundida en un vasto golfo. Las llanuras del Norte de la India y las capas que recubren el flanco meridional del Sub-Himalaya son de formación reciente; los gneis y los esquistos no aparecen sino en la región media del Himalaya y del Trans-Himalaya, cuyas partes centrales están compuestas sólo de granito y de rocas metamórficas.

En las proximidades de las más altas cimas han sido encontra-

dos restos lacustres y depósitos salinos que hacen pensar en grandes masas de agua marina que han descansado largo tiempo sobre las mesetas.

Las numerosas pequeñas cordilleras que prolongan el sistema himalayo en el alto Pundjab son tan curiosas por su formación como por su aspecto. Una de ellas, llamada por los ingleses *Salt-Range*, ofrece además las enormes cantidades de cristalizaciones salinas que le han valido su nombre, las variedades de todas las rocas, desde las silúricas hasta los estratos, de la época terciaria, y encierra igualmente los yacimientos de numerosos metales. Las olas del mar que en otro tiempo batían sus flancos y las lluvias que luego han destrozado sus cimas, las han recordado de la más curiosa manera, dándoles el aspecto de una serie de torres y de fortalezas cuya perfecta regularidad parece obra de la mano de los hombres. Estuvo por lo demás esta región cubierta en otros tiempos de construcciones defensivas, de las que aún se ve levantarse imponentes ruinas sobre la cima de rocas cortadas á pico. Creeríase, viéndolas, contemplar los restos de las fortalezas de que la Edad Media erizó nuestro país del Occidente. La analogía es tan real como admirable. En el Pundjab, en el Bundelkund, los temibles fosos que fueron desde luego construídos para poner el país al abrigo de extranjeras incursiones, sirvieron después para sujetarlo y contribuyeron á fortalecer la tiranía de los jefes señoriales, lo mismo que pasó en Francia después de la invasión de los normandos.

Al Sur de la cuenca del Ganges se eleva el suelo con las mesetas de Malwa y las del Bundelkund. Después surge, en fin, la cordillera de los Vindhya.

Esta cordillera de los Vindhya es el «diafragma de la India.» Su importancia es grande como barrera entre dos civilizaciones, dos climas, dos naturalezas de suelo y sobre todo dos razas. En tanto que en la llanura indo-gangética domina el elemento invasor, es decir, la raza aria más ó menos pura, sobre la gran meseta del Dekkán, al abrigo del profundo foso del Nerbudda y de una doble cadena de montañas, la población primitiva, esto

es, la raza dravidiana, se ha conservado casi, casi, sin mezcla, con su carácter propio, sus rasgos exteriores distintivos y sus antiguas creencias, que los siglos no han apenas transformado.

3.º — EL DEKKÁN

El Dekkán formó en otro tiempo una comarca casi insular cuando las aguas del Océano recubrieron en gran parte la llanura indo-gangética. Las olas debieron batir entonces el pie de las montañas que rodean ese país como una muralla. Al retirarse después, dejaron al descubierto á todo lo largo de esas mismas montañas una estrecha faja de playas que la antigua meseta domina desde una altura de 400 á 600 metros.

Deben, pues, considerarse en el Dekkán dos partes muy diferentes por su aspecto, sus producciones y también por las razas que las habitan. Estas son, de un lado las costas bajas que llevan sucesivamente los nombres de Konkán septentrional, Konkán meridional, Costa de Malabar, sobre el mar de Arabia, y de Costas de Coromandel, de Circar y de Orissa, sobre el golfo de Bengala; de otro lado una vasta meseta inclinada del Oeste al Este, rodeada por los montes Satpura y su prolongación y por el muro de los Ghates, que la separa poco menos que completamente de la región marítima.

La doble cordillera que separa el Dekkán del mar ha recibido el nombre de Ghates. Hácese la distinción de Ghates occidentales y Ghates orientales. Estos últimos son menos elevados que los primeros y soportan la parte más baja de la meseta; están abiertos por los numerosos ríos que, siguiendo la pendiente general del país, van todos á verter sus aguas en el golfo de Bengala.

Los Ghates occidentales, mucho más regulares, se componen de una serie de eslabones orientados perpendicularmente á la dirección de la ribera, pero reunidos por una arista continua.

En tanto que del lado del mar los Ghates occidentales yerguen arrogantemente sus cimas abruptas y sus puntas destrozadas,